

algar



COLECCIÓN  
CALCETÍN

# Bajo control

César  
Fernández  
García



1

*La desaparición de Vanesa*

La vida es aventura, vívela.  
La vida es felicidad, merécela.  
La vida es vida, defiéndela.

MADRE TERESA DE CALCUTA

Cuando Pablo volvió a mirar al columpio, su hermana pequeña había desaparecido.

El chico dirigió la vista por todo el parque, pero Vanesa no estaba. Ni en los toboganes, ni en los balancines, ni en los bancos... Tampoco detrás de ningún árbol, papelera o grupo de niños. A Pablo le temblaron las piernas. Solo se había entretenido con el maldito juego del teléfono móvil durante un minuto. Dos como mucho.

—¡Vanesaaa...! —gritó hasta dejarse la garganta.

Era la primera vez que le habían dejado al cargo de su hermana. Él mismo se había ofrecido a bajarla un rato al parque. Y no lo hizo porque le apeteciera perder parte de la tarde con la mocosa. Lo había hecho para demostrar a sus padres que ya no era un niño. Con casi doce años podía cuidar de su hermana... y, por lo tanto, también empezar a salir con sus amigos por la ciudad. Eso había pretendido demostrar.

Pero ahora...

—¿Ha visto usted a una niña de dos años? Es rubita y lleva una coleta con un lazo azul —preguntó a cada de uno de los adultos que había por los alrededores.

Algunos la habían visto columpiarse, pero nadie supo cómo ni cuándo se había marchado de allí. Tampoco los niños le dieron ninguna información útil.

A pesar de que aquella tarde de enero era heladora, las gotas de sudor le caían por el cuello y por la frente. Le costaba respirar. Boqueaba para tomar el contaminado aire de la ciudad.

Buscó por todos los rincones del parque, del barrio entero. No hubo calle que no registrara. Derrotado, subió a su casa. La mano le temblaba cuando intentaba meter la llave en la cerradura. Tardó en conseguirlo. Paula y Emiliano, sus padres, charlaban sobre la conveniencia de cambiar de casa. Emiliano

quería marcharse de la ciudad porque la encontraba insegura. Paula prefería continuar en ella. Al ver a Pablo sin su hermana y con la cara descompuesta, ambos se quedaron pálidos.

—¿Y Vanesa? —preguntó Paula, con un nudo en la garganta.

Entre llantos, el chico explicó que se había distraído un poco mientras su hermana se columpiaba y que entonces... No hubo tiempo para reproches. Solo para avisar a la policía y echarse a la calle. Con gritos de angustia llamaban a Vanesa. Unos cuantos vecinos se sumaron a la búsqueda.

No hubo suerte.

Varios coches de policía peinaron el barrio. Ya por la noche, un subinspector altísimo, con una cicatriz en zigzag sobre la frente, les pidió que esperaran en casa. La policía haría su trabajo. También les advirtió de que seguramente se trataba de un secuestro. Últimamente eran demasiado frecuentes. De hecho, durante ese mes de enero, ya llevaban más de una docena de casos similares en la ciudad. Y como Paula y Emiliano eran informáticos de prestigio y disponían de dinero... Lo normal sería que recibieran una llamada telefónica solicitando una cantidad para liberar a Vanesa. El propio subinspector, que ya había pinchado sus teléfonos, les diría cómo actuar.

—No se preocupen. Los secuestradores no harán daño a Vanesa. Solo quieren dinero. Se lo aseguro.

Paula y Emiliano se sentaron en el sofá del salón, sin retirar la vista de los teléfonos. Obligaron a Pablo a meterse en la cama. Este sabía que no podría dormir. Ni siquiera cerrar los ojos. Se levantaba constantemente para mirar por la ventana de su habitación. Vanesa se encontraría en algún lugar de aquella inhumana ciudad.

—¿Dónde estás, hermanita? —preguntaba con la frente pegada al cristal y los ojos llenos de lágrimas.

2

*Decisión familiar*

Pasaban pocos minutos de las doce de la noche, cuando sonó el timbre de la puerta. Paula y Emiliano saltaron del sofá para abrir.

—¡Vanesa! —gritaron al ver a su hija.

La niña mostraba un aspecto estupendo, aunque bostezaba de cansancio. No parecía ni haber llorado. Una mujer embarazada la tenía cogida de la mano. Los padres cubrieron de besos a Vanesa. Pablo salió de su habitación al oír el alboroto. Se lanzó a abrazar a su hermana.

Emiliano hablaba en susurros con la embarazada. Pablo solo oyó que su padre le daba las gracias y que ella le advertía de que la ciudad era demasiado insegura para que una niña pequeña anduviera sola.

El chico no se enteró de cómo ni dónde la había encontrado. Tampoco recibió explicaciones cuando la embarazada se marchó.

Emiliano se limitó a decir:

—Lo importante es que todo ha acabado bien. Telefonaré al subinspector para avisarle.

A Pablo le habría gustado saber si su padre había pagado algún rescate. Pero no se atrevió a preguntárselo. Seguramente se habría enfadado más con él. Tras hacer la llamada, Emiliano pidió a su hijo que se metiera en la cama. Pablo dio un último beso a Vanesa y obedeció.

Poco a poco, el sueño terminó por vencer a Pablo. Una pesadilla lo acompañó toda la noche. Una pelirroja de unos doce años lo perseguía por la ciudad. Aunque tenía un rostro casi angelical, Pablo adivinaba en sus enormes ojos una malvada intención. Las pecas de sus mejillas chispeaban en la oscuridad. La melena, que varias horquillas recogían, se asemejaba a una serpiente. Pablo se escondió debajo de una furgoneta y ella lo localizó. Luego se ocultó dentro de un portal y ella dio con él. Y lo mismo pasó cuando buscó refugio en un centro comercial, en un hospital y en un cine. Sí. Ella siempre terminaba encontrándolo. Al final, la pelirroja lo descubrió en el mismo parque donde Vanesa se perdió. Lograba empujarlo por una especie de tobogán que desembocaba en un precipicio

sin fin. Ella se arrojaba detrás de él, mientras le pedía perdón.

El despertador lo salvó de una caída eterna. Se levantó sin pereza. Era un día para estar contentísimo. Vanesa dormía tan tranquila en la cama de sus padres. Emiliano había preparado chocolate caliente y Paula, un montón de tortitas con nata. Todos estaban felices de tener de nuevo a Vanesa en casa. No hubo ningún reproche a Pablo.

—Hoy no voy a trabajar —dijo Paula cuando se sentaron a desayunar—. Me quedaré jugando con Vanesa todo el día.

—Y yo también —añadió su marido, tras saborear su chocolate—. Llamaré ahora mismo a la oficina para avisar de que no cuenten conmigo.

A Pablo le habría gustado olvidarse del colegio durante todo el día, pero tenía examen de evaluación de Matemáticas. No le convenía faltar. Tampoco sus padres le habrían permitido quedarse en casa. De hecho, ya habían encargado a la asistenta que lo llevara y trajera del colegio, a pesar de que Pablo últimamente iba y venía solo.

Por lo menos Pablo se marchó convencido de que había quedado zanjado lo de Vanesa. Con estos ánimos, hizo un buen examen y tuvo éxito en todo cuanto los profesores pidieron. En Educación Física quedó el segundo en la prueba de cien metros lisos. En Inglés apenas se equivocó en los ejercicios. Tampoco



en Matemáticas. Por si fuera poco, se lo pasó genial con sus amigos. Incluso Mariano, quien siempre dijo ser su enemigo, estuvo simpático con él. Hasta el arroz con verdura que pusieron en el comedor le supo bien. Fue, en definitiva, un día perfecto de colegio.

Sin embargo, al regresar a casa por la tarde...

Oyó que sus padres hablaban, al tiempo que la asistenta metía la llave en la cerradura para entrar. La trabajadora se metió con urgencia en la cocina para sacar del horno un pollo que había dejado antes de ir a buscar a Pablo. El chico pasó al recibidor. Desde ahí oyó la conversación que sus padres mantenían en el salón.

—¿Aceptamos o no? —preguntó Emiliano en voz alta.

—Creo que no podemos perder la oportunidad que nos ofrecen —reconoció ella—. Es un lugar ideal: naturaleza sin contaminar con lagos y bosques, una casa preciosa con jardín y piscina, amplias avenidas llenas de flores, un microclima perfecto, un colegio estupendo, vecinos científicos y, lo que es más importante, sin ningún peligro.

—Compáralo con esta ciudad, este país... No hay control sobre nada. Estoy harto.

—Por otra parte, también creo que no podemos alfombrar todo el mundo para que nuestros hijos pisen blandito. Jamás conseguiremos evitar que existan peligros. Lo mejor sería enseñarles a calzarse unas

buenas zapatillas para que caminen por encima de los problemas, pero...

—Pero lo que ha pasado con Vanesa nos enseña que debemos controlar el rumbo de nuestras vidas. Pensemos en nuestros hijos.

—Sí. En eso tienes razón... Ha sido tan terrible... Bueno, pues aceptamos la oferta.

Pablo carraspeó antes de pasar al salón. Los padres se intercambiaron una mirada de complicidad. Tras responder al saludo de su hijo, Emiliano le pidió que se sentara en el sofá junto a él. Entonces le palmeó la pierna y le soltó:

—La próxima semana abandonamos la ciudad. Es demasiado insegura. Tu madre y yo vamos a aceptar un trabajo en Natura Olimpia, el mejor lugar del mundo. El jefe se llama Acteón y creó esa especie de urbanización gigante después de vender su empresa de telecomunicaciones. Ya nos lo había ofrecido unas cuantas veces, pero esta mañana hemos vuelto a estudiar la documentación de Natura Olimpia, hemos llamado y... nos lo ha vuelto a ofrecer. Si queremos, nos espera el próximo lunes.

Pablo miró a su madre que, de pie, sostenía a Vanesa en brazos. Paula asintió con la cabeza.

—¿Y mis clases? Estoy a mitad de curso. Yo quiero seguir en mi colegio.

El padre bufó, como si hubiera oído la mayor tontería:

—Donde vamos, recibirás una educación excelente. Natura Olimpia es una comunidad buenísima, ya te darás cuenta.

—¿Y los abuelos, los tíos, los primos...?

—Mañana nos despediremos de ellos, pero no te preocupes. Vendremos a verlos un montón de veces.

—Pero...

Paula puso su voz más dulce para decir a Pablo:

—Por favor, entiéndelo. Es por el bien de la familia.

—¿Y mis amigos?

De nuevo Paula se adelantó a su marido:

—¡Bah! Allí harás nuevos amigos y, con seguridad, mejores. No te preocupes por eso.

La madre se marchó del salón con Vanesa. Una vez solo frente a su padre, Pablo encontró fuerzas para decir:

—Esto se parece a un castigo... Papá, yo no tuve la culpa de lo que le pasó a Vanesa. Lo sabes, ¿verdad?

Emiliano no respondió. El hielo de su mirada habló por él. Se mordió los labios. Tal vez para reprimir un reproche. Tras unos segundos de silencio, lanzó la cuchillada:

—Donde vamos no podrás perder a tu hermana.

Emiliano dudó si suavizar lo que acababa de decir. Pablo se le adelantó:

—Por favor, papá, no hace falta que nos vayamos... Si pagaste un rescate, ya no habrá peligro para nosotros, ¿no? Y yo te prometo que nunca más...

–Hijo, olvídate de eso. Ahora se trata de que haya un control que nos proteja. Además, es un lugar precioso. Te encantará.

Pablo hundió la cabeza en sus manos. El mundo entero se tambaleaba bajo sus pies, sin control ninguno.